

Federico Finchelstein, *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002. 159 páginas.

La bibliografía referida al nacionalismo argentino es ya amplia, y a su configuración han aportado tanto autores locales como extranjeros. Una mirada rápida indicaría, por otra parte, que se ha reactivado el interés por el tema en los últimos años, si es que se admite como prueba de esta afirmación la aparición de varios libros sobre el asunto. En ese mismo movimiento, por otra parte, el propio objeto de estudio sufrió una transformación profunda: algunas de las investigaciones han pasado a moverse en un registro temporal mucho más amplio que el tradicional, que solía abrirse a fines de la década de 1920, en la búsqueda de posiciones y políticas que pueden llamarse nacionalistas pero que a su vez son muy diversas de las asumidas por el nacionalismo radicalizado de los años treinta. Se han investigado, de este modo, producciones intelectuales, acciones de agrupaciones y planteos nacionalistas -que exhibían diversas matrices ideológicas y también diversos grados de proximidad con otras tradiciones- a fines del siglo XIX, en el Centenario, en los años inmediatamente posteriores a la Gran Guerra y, desde ya, en los años treinta.⁴

4 Entre los trabajos recientes, cabe citar los que siguen: Lvovich, Daniel, *Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina*, Bs.As., Javier Vergara, 2003; Bertoni, Lilia A., *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, Bs.As., 2002; Devoto, Fernando, *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna*, Bs.As., Siglo XXI, 2002; Mc Gee Deutsch, Sandra y Dolkart, Ronald (comps.), *La derecha argentina*, Bs.As., Ediciones B, 2001; Zanatta, Loris, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo 1930-1943*, Bs.As., Universidad Nacional de Quilmes, 1996; Rock, David, *La Argentina autoritaria*, Bs.As., Ariel, 1993; Buchrucker, Christian, *Nacionalismo y peronismo*, Bs.As., Sudamericana, 1987, entre otros. El libro de Tulio Halperin Donghi titulado *La Argentina y la tormenta del mundo*, Bs.As., Siglo XXI, 2003, contiene también largos tramos dedicados a la cuestión.

El libro que reseñamos se inscribe, entonces, en un conjunto vasto de trabajos ya disponibles; su autor logra entablar con esa bibliografía un diálogo crítico que en buena parte es tributario de su aproximación al problema, que revela audacia intelectual. Esa característica no reside tanto en la utilización de algunas perspectivas y herramientas conceptuales acuñadas por la historiografía internacional en las últimas décadas, sino en su empleo para discutir imágenes que se proponen desde otros puntos de partida. Así, la apelación a nociones tales como "invención del pasado", "lugares de la memoria", "imaginarios", "prácticas", "formaciones culturales", por ejemplo, se entrama con una investigación empírica que se hace cargo de las consecuencias de utilizar esos conceptos y no otros. Contra una actitud demasiado frecuente en la historiografía argentina, en este libro aquella apelación es mucho más que un guiño al lector especializado que apenas busca revelar cuán actualizada se encuentra la biblioteca conocida. Por el contrario, Finchelstein asume con consecuencia las implicancias teóricas de los puntos de partida que ha elegido.

En lo que hace al diálogo crítico sostenido con otros autores, evocado más arriba, debe señalarse que parece particularmente productiva la observación del autor acerca de que en buena parte de la bibliografía referida al problema se ha "buscado entender la lógica y la supuesta esencia del fenómeno nacionalista" a través del estudio de "los postulados teóricos de ciertos líderes". Esa elección, continúa el argumento, hace que el nacionalismo sea visto como un conjunto homogéneo –a pesar de que se reconozcan matices y cierta diversidad- cuya unidad residiría en proximidades que pueden llamarse ideológicas. La apuesta del autor, en cambio, es ensayar un análisis atento a prácticas y representaciones cambiantes, que permitirían explicar los múltiples sentidos de la experiencia nacionalista (página 27).

A partir de esos inicios, Finchelstein estudia en un primer capítulo la "imaginaria religiosa" organizada alrededor de la figura de Urriburu y de la representación del golpe del 6 de septiembre, para dar cuenta de las relaciones entre nacionalismo y catolicismo. En los capítulos siguientes, se examinan los procesos de construcción de memoria y de pasados imaginarios, referidos en este caso al movimiento que derrocó a Yrigoyen; el problema de la apreciación de la violencia en clave ética y estética entre los herederos de Urriburu; los sitios

así como los rituales de conmemoración de la memoria del general; la transformación de Uriburu en un "estereotipo masculino".

En las Conclusiones, el autor recoge varios de los argumentos anticipados en los tramos anteriores, y propone una periodización precisa para la vigencia del mito de Uriburu: allí se argumenta que, entre 1932 y 1936, "el mito de Uriburu informa casi todas las actividades políticas de los nacionalistas y define el grado de cercanía de los distintos actores políticos" con ellas (página 133). A partir de 1936-1937, "comienza a declinar el fenómeno", aunque no se habría tratado de un final abrupto, sino progresivo. Esa declinación obedeció, de acuerdo con el autor, a que quienes habían participado de la creencia en el mito comenzaron a dudar de su "utilidad como ideograma unificador de sus formaciones políticas". Así, el mito es reformulado y pasa a cumplir otra función, también ella política: "ahora debía convertirse en el puente simbólico que reforzase los vínculos nacionalistas con dos proyectos políticos diferentes que tenían la posibilidad de llevar al nacionalismo al poder: el conservadurismo [...] de Fresco, y el polo ideológico formado por la Iglesia y el Ejército" (página 141).

De las proposiciones generales sobre el problema del nacionalismo que Finchelstein ha planteado son varias las que merecen destacarse. Una de ellas, que figura en página 108, señala que "en claro contraste con los planteos de algunos historiadores, que desde distintas perspectivas ven en los grupos nacionalistas y/o fascistas como un cerrado conjunto elitista, la gran mayoría de estos hombres y mujeres de extrema derecha encontraban en 'la muchedumbre' -fuera ésta discursiva o real- un importante elemento legitimador tanto de la acción política de la derecha en general como de la adscripción al mito de Uriburu en particular". Frente a cierta tradición interpretativa, la afirmación es sin duda provocadora: no se trataría entonces de un fenómeno de radicalización de posiciones meramente conservadoras, sino de la aparición de formaciones muy cercanas al fascismo como fenómeno general. Desde los mismos años treinta, y en un itinerario que la llevó de los textos plenamente políticos a la producción de los historiadores, la imagen de un nacionalismo de *niños bien*, preocupado sólo por la restauración de un orden social que creían siempre amenazado -fuera por una inminente revolución nunca ocurrida, por la

inmigración o por los efectos de la democracia-, gozó de mucha aceptación. Eduardo Laurencena, radical, ofrecía una de sus versiones en el Congreso de la nación, en ocasión de discutirse la ley de represión del comunismo, cuando sostenía que la ausencia de líderes de origen popular y obrero era lo que distinguía a los nacionalistas locales de los fascismos europeos. Naturalmente, planteos semejantes fueron funcionales a los de quienes, más adelante, intentaron distinguir entre un nacionalismo popular, o uno democrático, y otro de elite.

El argumento de Finchelstein parece sólido; su registro pone en cuestión, como decíamos, la imagen que se organizaba alrededor de la existencia de un nacionalismo de elite que sólo tardíamente, en los años cercanos a 1940, descubría la importancia al menos discursiva de proclamar el carácter masivo de sus acciones. Sin embargo, si se amplía la mirada al conjunto de la cultura política argentina en los años treinta, la apelación a la figura de la muchedumbre o a alguna otra fórmula semejante -que asumía formas más civilizadas, más telúricas o más clasistas de acuerdo al tipo de auditorio que se aspiraba a alcanzar-, era una actitud compartida por buena parte de la prensa partidaria, una de las fuentes más importantes consultadas por Finchelstein. Por una parte, se hace difícil reconocer en aquella apelación algo más que un recurso retórico, cuya utilización dice sin dudas algo del imaginario de estos hombres, pero también, quizás, de un modo de entender la política en la Argentina de comienzos de los treinta. Por otra, si la apelación a las masas resulta un rasgo que emparenta más firmemente de lo que suele admitirse a la extrema derecha argentina con los movimientos fascistas europeos, al mismo tiempo la integra al universo también más vasto de la cultura política local. Ciertamente es que el autor inscribe al nacionalismo argentino dentro de aquellos grupos que celebraron con "extremismo" los "ritos y liturgias" de la "religión cívica nacionalista" (página 108); esta observación, de todas maneras, no parece opacar aquella coincidencia con otros grupos políticos en la búsqueda de un principio de legitimación en lo masivo del apoyo obtenido, fuera en movilizaciones o en comicios, y fuera "real" o discursivo.

En otros dos planteos de Finchelstein vuelven a revelarse los dilemas de la relación, y quizás la proximidad, de prácticas y representaciones del nacionalismo de comienzos de

los años treinta con las del resto del universo político-cultural. Uno de ellos se esboza en el capítulo 3, cuando se analizan las imágenes de los "mártires de septiembre" y se propone la existencia de cierto juvenilismo en las grupos estudiados. Una exploración de los vínculos de estas fórmulas con las que sectores de las vanguardias estéticas propusieron a comienzos de los años veinte, podría haber completado convenientemente el cuadro, a pesar de las distancias temporales y de que no todos los jóvenes vanguardistas hubieran asumido plenamente aquellas posiciones.

El segundo, por su parte, remite a la filiación que, con figuras del panteón nacional, intentaban trazar estos nacionalistas. Septiembre, sostiene Finchelstein, era inscripto en la línea de Mayo y Caseros; Uriburu podía ser San Martín o Lavalle, pero nunca Rosas, a quien solían parangonar con Yrigoyen (páginas 135 y siguientes). Constituye un acierto el recuerdo de estos datos; ellos vuelven a hablar de cuánto, a pesar de todo, compartían estos grupos con las corrientes principales del pensamiento político argentino, al menos en lo que hace a la construcción de tradiciones. En torno a este punto cabe recordar que en esos años tampoco eran muchos los radicales que asumían la adscripción al rosismo, y que la tradición nacional en la que buscaban instalarse las mayoría de dirigentes e intelectuales cercanos al partido encontraba sus hitos también en Mayo y en Caseros, y sus héroes en Moreno y Urquiza.

Producto de una tesis de licenciatura defendida en la Universidad de Buenos Aires, se trata, entonces, de un libro sólido, con una base testimonial particularmente amplia, cuyo autor formula preguntas agudas y ofrece respuestas convincentes a ellas. En esa operación, Filchenstein sobrepasa los límites del problema que se ha planteado y lograr ofrecer la oportunidad para reabrir discusiones más amplias sobre lo que ha llamado la "Argentina nacionalista"; no es éste un mérito menor.

Alejandro Cattaruzza
UBA - Universidad Nacional de Rosario